

Excmo. Sr. D. Mariano Rajoy

Presidente del Partido Popular

C/ Génova 13

28004 Madrid

Madrid, 24 de enero de 2014

*"The quiet dogmas of the past are inadequate to the stormy present"*

*(Abraham Lincoln)*

Estimado Presidente:

Durante mis treinta años de militancia en el Partido Popular siempre he mantenido las mismas ideas, defendido los mismos principios y sustentado los mismos valores. Esta continuidad en mi pensamiento y en mi acción se puede comprobar en todos mis libros, colaboraciones en los medios, intervenciones parlamentarias y actuaciones en las distintas Cámaras en las que he tenido el honor de ocupar un escaño a lo largo de este dilatado período. Por supuesto, mi coincidencia con las decisiones y las posiciones de la dirección de nuestra organización no ha sido siempre absoluta, tal como es propio de un partido de tan amplio espectro como el nuestro, pero hasta hoy estas diferencias de criterio nunca habían sido incompatibles con mi militancia, situándose dentro del pluralismo interno sin afectar a cuestiones definitorias o de fondo. Incluso cuando fui obligado a no presentarme a la reelección como presidente del PP de Cataluña en 1996 por las razones que todo el mundo conoce, aunque estaba convencido de que se cometía un grave error estratégico, y los acontecimientos acaecidos desde entonces lo han demostrado ampliamente, acaté disciplinadamente las indicaciones que se me dieron. Creo haber probado sobradamente mi lealtad, mi compromiso y mi dedicación en favor de la causa que nuestra formación representa y a la que debiera servir.

Te recuerdo esta larga trayectoria para que comprendas la insuperable dificultad a la que me enfrento desde que ganamos las elecciones generales de 2011 por mayoría absoluta y que me impide continuar como afiliado al Partido Popular. No se trata ya de divergencias de matiz, de oportunidad o de enfoque, sino que hoy mi diagnóstico sobre el origen de la crisis múltiple y profunda que atraviesa España, crisis que es a la vez económica, institucional, moral y de unidad nacional, así como mi visión de la respuesta que el Gobierno debería dar para afrontarla, no es que sean distintos de los que se aplican -o no se aplican-, sino que divergen hasta el punto de devenir incompatibles. Examinadas a la luz de su viabilidad las tres posibilidades de arreglar este problema, a saber, que el Gobierno cambie sustancialmente de política, que el partido celebre un Congreso extraordinario abierto a todos los militantes para que se pueda proceder a un

debate riguroso que aclare cuál es la opinión mayoritaria sobre los temas en discusión, o que yo curse baja como afiliado, estoy seguro que coincidirás conmigo que la tercera es la recomendable. Sin embargo, permíteme que señale en mi descargo que la pérdida de intención de voto que hemos sufrido desde las elecciones generales, de entre diez y quince puntos según las encuestas, y el abandono del partido por figuras destacadas para participar en el lanzamiento de una nueva opción política, demuestran que mi salida no es un hecho aislado de carácter excéntrico, sino que responde a unas tensiones reales de notable calado sobre las que no sería ocioso que reflexionases. Cuando hasta el Presidente de Honor se ha preguntado por qué Ortega Lara no está en el PP y Bolinaga está en la calle, algo raro está sucediendo que merece cierta atención. También en el capítulo de los atenuantes, te supongo conocedor de que he realizado todos los esfuerzos imaginables para discutir constructivamente sobre mis inquietudes con la dirección del partido y que ha sido imposible.

Si tuviera que resumir en una frase la distancia que separa mi interpretación de la presente crisis de la que guía la acción del Gobierno, diría que en mi opinión nos enfrentamos a una crisis de estructura mientras que el Gobierno opera como si la crisis fuese de gestión o, en otras palabras, yo entiendo que la crisis es del sistema en sí mismo y el Gobierno cree que es de funcionamiento del sistema. Como es lógico, la concepción del Gobierno le lleva a un tratamiento a base de píldoras paliativas cuando lo que se requiere es cirugía mayor. Tampoco en esta posición soy original o singular porque existe ya una abundante literatura al respecto. Citaré cuatro ejemplos concretos entre los muchos que podría resaltar: un aumento brutal de los impuestos directos e indirectos y de las cargas sociales en lugar de disminuir decididamente el gasto corriente del Estado, el reparto de las vocalías del Consejo General del Poder Judicial por cuotas de partido renunciando a devolver a los jueces la capacidad de elegir a la mayoría de sus integrantes, el continuismo en la negociación con ETA, pagando un precio político por el cese de su violencia criminal abdicando del objetivo de derrotar por completo a la banda mediante la aplicación resuelta de la ley, y el empecinamiento en mantener la ausencia de democracia interna en nuestro partido mientras casi todos los demás avanzan en esta dirección. Nos conocemos desde hace un cuarto de siglo y por tanto no te extrañará que a estas alturas no me sienta capaz de digerir que se proclame que el Estado de las Autonomías ha sido un éxito y que se ofrezca a los separatistas catalanes, que ya han fijado el día y la pregunta para la liquidación de España como Nación, diálogo sin fecha de caducidad.

Es evidente que si yo me hubiera ceñido al asentimiento o al silencio, ahora tanto mi vida personal como mi vida política serían más cómodas y mi presión arterial más baja, pero cada persona tiene su manera de estar en este mundo y su carácter y supongo que en épocas turbulentas, como las que padecemos, afloran con más fuerza. El sentido común, al que tú tanto invocas, es, según se dice, un rasgo de los catalanes -de los catalanes no separatistas, se suele olvidar la precisión-, pero por desgracia los tiempos demandan sobre todo sentido del Estado y sentido de la Historia. La mera sensatez, siempre necesaria, no es suficiente. Me consta que no te gusta oírlo, pero no saldremos de ésta sin una cierta dosis de pasión y de aceptación del riesgo. Las cosas,

como sueles reiterar, son como son. El fatalismo escéptico ahorra disgustos y fatigas, pero no detiene las amenazas, las estimula y las acrece. Oteando un horizonte de por lo menos cinco años de paro por encima del 20% de la población activa, crecimiento próximo a cero, deuda pública superior al 100% del PIB y con enemigos internos desatados en su propósito de destruir la matriz de nuestros derechos y libertades, o espabilamos o no habrá brote verde ni destello lírico que nos salve.

Un partido no es un rebaño flanqueado por mastines que sigue dócilmente a su pastor. Es, o debería ser, un conjunto de hombres y mujeres libres, que sustentan principios, que se adhieren a valores, que promueven acciones en consonancia con su visión del mundo y de la sociedad. Cualquier afiliado ha de poder expresar sus opiniones y formular sus críticas sin temor a sufrir represalias o a ser condenado a la marginación. En tanto no entendamos esta verdad fundamental, la democracia española será lamentablemente imperfecta. La afirmación de que nuestro método de elección de cargos orgánicos y de candidatos electorales es democrático resulta conseguida como virtuosismo en el sarcasmo, pero no ayuda a fortalecer nuestra credibilidad. Uno de los motivos por los que me voy es mi deseo de contribuir a construir un modelo de partido distinto, en el que la eficacia no esté reñida con la deliberación.

Hay un dinosaurio en la sala, apreciado Presidente, que no se quiere ver y que, como el de Monterroso, seguirá ahí cuando despertemos. El dinosaurio es un Estado hipertrofiado e ineficiente que ni podemos manejar ni podemos pagar. Hasta que se admita este hecho incontestable y se actúe en consecuencia, no seremos un país de éxito. Y a mí se me hace imposible continuar en un partido cuya cúpula niega la realidad.

No hemos de minimizar con parsimonia los daños, hemos de pugnar sin desmayo por hacer máximos los logros. Hemos de adelantarnos a los acontecimientos o los acontecimientos nos sorprenderán indefensos. Hasta hoy los impulsores de la desaparición de nuestra gran Nación, los que han usado la bomba o la pistola o los que han recurrido a la reinención del pasado y al envenenamiento del presente, han llevado siempre la iniciativa y, en consecuencia, las de ganar. El mirar hacia otro lado o el reiterado intento de apaciguarles con concesiones no han funcionado. Cuando el enemigo golpea sin pausa el primero y mantiene pertinaz la ventaja, toda batalla no librada es una batalla perdida.

Lo siento de veras, Presidente, pero me voy. Y lo hago para no ser un disidente porque los disidentes están dentro, los disidentes son los que disienten de la auténtica naturaleza y de la genuina misión del Partido Popular.

Te deseo lo mejor.

Recibe un saludo muy cordial.

Alejo Vidal-Quadras

